

CIUCO GUTIÉRREZ

Escenarios para
la confrontación



SALA LA FRAGUA. TABACALERA. PROMOCIÓN DEL ARTE

PASIÓN POR LOS OBJETOS

Begoña Torres

Se podría decir que Ciuco Gutiérrez es un fotógrafo interesado esencialmente en los objetos. Las cosas y los objetos son miniaturizaciones de la realidad, un mundo en la mano, como el paisaje en el interior de una bola de cristal sobre el que parece caer la nieve cuando se voltea. Son la ligazón entre el cuerpo y el mundo. Son un recuerdo de la materia prima de la que estamos hechos ambos.

Los objetos, las cosas, juegan un rol central en la memoria de las culturas y de los individuos; establecen relaciones íntimas con las personas, como imágenes materiales para la reflexión y la evocación.

Pero los objetos que interesan a Ciuco, protagonistas exclusivos y estelares de muchas de sus composiciones, no son los valiosos, con un mérito intrínseco, obras de arte que requieren por parte del espectador una respuesta singular y emocional; tampoco se trata de objetos utilitarios, configurados por las necesidades físicas del usuario.

Su atención se centra, por el contrario, en los objetos aparentemente más banales e insignificantes: souvenirs, recuerdos, *merchandising* comercial, juguetes, *bibelots* insustanciales, que reflejan los más variados temas, formas, materiales y naturaleza, rarezas pop y *freak*, fruto de de la cultura de masas, baratos *memoravilias*, chucherías decorativas u horteras recuerdos románticos que, aun teniendo un carácter efímero y una vocación transitoria son, sin embargo, altamente significativos o claramente indicadores del modo de vida en el que nos hallamos inmersos, y pueden ofrecernos una panorámica insólita y analítica del mundo en el que vivimos.

Su estética bebe de forma valiente e individualista de la categoría del «kitsch» – que, por cierto, fue recuperada en el arte desde finales del siglo XX- y que es producto de la sociedad de consumo y síntoma de la alienación del hombre frente al fetiche de la mercancía. Una estética de

purpurina y cartón piedra, que quiere mantener la emoción y la sensible- ría de un modo artificial, para definir algunas características del modo de vida pequeño-burgués. Siguiendo a Umberto Eco es algo que tiende a provocar un efecto pasional, en vez de permitir una contemplación desinteresada.

Como hemos dicho, a Ciuco no le interesa el objeto único, aislado, encerrado en sí mismo, sino sus

transformaciones irónicas, satíricas, críticas o puramente estéticas. Actuando de forma totalmente alejada de las normas del arte establecido, su hipersensibilidad por lo vulgar es capaz de crear un *universo artificial*, que subraya el aspecto groseramente «kitsch» de la mayoría de los objetos que nos rodean.

Frente a la variedad uniforme, seriada y vulgar de estos objetos, Ciuco consigue proclamar una reconquista de lo individual en cada uno de ellos, los trata como objetos únicos, como si fueran fetiches guardados en un museo, donde todavía conservan “la presencia del aura” en palabras de Walter Benjamín, elemento esencial en todo objeto o materia digno de ser musealizado.

Este juego de subvertir una bagatela «kitsch» en una pieza única, tiene mucho de alegórico y metafórico y también de sarcástica crítica; siempre vista bajo una perspectiva antropológica, con significados más amplios, de índole extra-artística.



ORGANIZA | Ministerio de Educación Cultura y Deporte. Subdirección General de Promoción de las Bellas Artes

COMISARIADO | Begoña Torres

COORDINACIÓN | Raúl Alonso Sáez

TEXTOS | Begoña Torres y Guillermo Gutiérrez

DISEÑO y GRÁFICA | Alberto Contreras

COPIAS FOTOGRÁFICAS y ENMARCADO | Movol Color Digital

MONTAJE | SGR Exposiciones

COMUNICACIÓN | Conchita Sánchez | Paloma Ballesteros

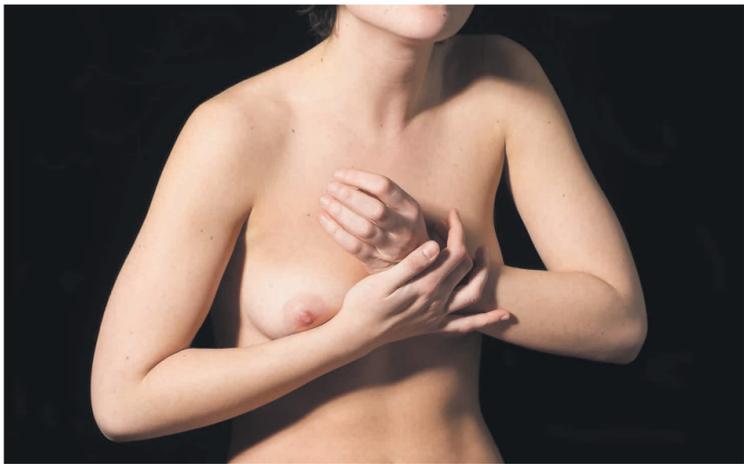
Ciuco reivindica una historia o historias marginales en la que las cosas constituyen redes hablantes –a pesar de que parezcan estar sometidas a una situación de inmovilidad y de aparente silencio– componiendo retratos de la realidad humana, ligados al gusto, a lo que es fortuito o efímero. Una fina red de conveniencias, de complicidad, se teje entre los hombres y las cosas, transformando a estas en valores y símbolos.

El símbolo es una imagen que desborda la lógica habitual de los significados más frecuentes de cada objeto y, sobre todo, propicia la multiplicidad y el carácter inagotable, en apariencia, de sus contenidos. Favorece las relaciones y contextos inéditos, se sitúa en la frontera entre la realidad y la ilusión, lo racional e irracional, lo consciente e inconsciente, cultivando las asociaciones. Este “extrañamiento” de la realidad, fue el programa de muchos artistas, desde los futuristas a los surrealistas, y de no pocos literatos, de Poe a Joyce; todos supieron manipular y explorar la realidad, desordenándola y ordenándola de nuevo en conjunciones extrañas.

En el ámbito de la literatura no puedo dejar de señalar dos ejemplos que comparten también esta atracción por lo vulgar, por la posesión y significación de esta clase de objetos, como símbolos de identificación personal.

El premio nobel de literatura, Orhan Pamuk, en su novela “El museo de la inocencia” explica clarísimamente esta pasión: su protagonista, abrumado por la pérdida de su amada, descubre el efecto calmante que ejercen en su ánimo los objetos cotidianos de todo tipo (desde una horquilla a una colilla) que le pertenecieron o simplemente que pasaron por las manos de ella. Como si se tratara de

una terapia para la enfermedad que lo atormenta, de algo que amortigua su melancolía, se va haciendo con todos los objetos personales hasta crear un museo dedicado a su memoria.



El interés de Ciuco por los objetos más insignificantes, los que han sido arrumbados en la orilla del tiempo, los restos de un mundo, tiene también ecos de George Perec, y lo que él llamó “*espíritu de pequeñeces*” –*esprit de bagatelles*–, aquello “que nunca se mira

porque estamos, o creemos estarlo, demasiado acostumbrados a ver”.

La novela de Perec, “Las cosas” comienza con una descripción meticulosa de una casa, sus objetos y sus habitantes: una joven pareja, Sylvie y Jérôme, a la que describen sus posesiones. Se diría que, poco a poco, esta pareja va siendo tragada por los objetos que la rodean que, como si fueran trampas, están al acecho.

Como ambos escritores, Ciuco muestra afición por cosas que son precisamente eso, “pequeñeces”, por “*todo lo que es raro*”, un elenco de colecciones y curiosidades, sin valor alguno. Es un modo de revolver el mundo, de acumular objetos para que surjan nuevas relaciones entre cosas alejadas entre sí, en definitiva, de convertir en interesante lo que en su origen no lo era.

Pero detrás de su apego a las cosas físicas, a los objetos, a lo material, se puede entrever algo más que un capricho, o una opción estética. El fotógrafo muestra, más bien, una concepción muy especial del hombre y de la vida: reflejo de existencias empequeñecidas, de mundos vacíos de senti-

do y también ilustración de la cosificación de la sociedad, en plena “civilización de consumo” y de la “cultura de masas”, en la que el hombre se encuentra dominado por su ansiedad de posesión.

Algunas de sus fotografías nos recuerdan a esas barrocas naturalezas muertas, que subrayan cuantas de las cosas que ocupan nuestro tiempo son realmente efímeras; en un mundo en el que nada es permanente, nada es importante.

Parece cautivado por la vivencia lúdica de los objetos, sus colecciones y amontonamientos, sus combinaciones, con especial atención a los contenidos anímicos provocados por sus formas y sus colores, estableciendo con ellos un «orden decorativo» abigarrado, recargado, barroco, abiertamente irrespetuoso y en flagrante desafío frente a la *autoridad* del arte contemporáneo.

LA MUJER-MUEBLE

Muy pocas veces los seres humanos han conseguido la atención de nuestro fotógrafo, que parece más interesado en sus objetos, que en reflejar las almas de estos. Pudiera interpretarse que quizá lo que esté en el origen de este desinterés sea un cierto miedo al hombre, un respeto a todo lo humano, que le ha hecho acercarse al tema, únicamente, a través de sus aspectos externos, a través de las posesiones y los objetos más prosaicos y cotidianos de éste.

Sin embargo, en esta exposición, Ciuco da un paso adelante y se enfrenta con el ser humano y, específicamente, con el tema espinoso de la mujer: lo eterno femenino como eterno *efímero*.

Nos lo explica con sus propias palabras: “Quería acercarme al territorio de lo “femenino” desde un punto de vista “no masculino”. Para ello he tenido que acercarme a mi parte femenina para intentar trabajar desde el transgénero y no tanto desde el género. Parece complejo, pero no es otra cosa que entender esto desde las afirmaciones las negaciones, y sentir la parte del otro que hay en ti”.

Jean Baudrillard, el gran teórico de los objetos, piensa que éstos tienen el poder de ser el calco negativo de la morfología humana, como si el cuerpo humano delegase en ellos los signos de su presencia. Por eso pueden indicarnos, no solo la elección o los cambios del gusto o de las condiciones sociales, sino también las pulsiones y pasiones humanas.

Las formas antropomórficas tan frecuentes en los muebles, no son sino indicadores y recuerdos de su participación en la vida del hombre; su sentido último es reflejar al hombre en su misma esencia. Muchos muebles están inspirados y adaptados al cuerpo humano, son como formas vacías para acogerlo. La caja, el estuche, el cofre es una de las formas más habituales que se refleja en muebles como la cama, el escritorio, el armario, la cómoda, etc.

A partir de esta idea el fotógrafo lleva a cabo un trabajo sobre la *identidad y la alteridad* en el que, paradójicamente, vuelve a invertir la ecuación de los términos –como antes lo había hecho con el objeto vulgar, tratado como obra de arte– y esta vez lo hace convirtiendo a la mujer en otro objeto, en un mueble contenedor de objetos –*Escenarios de la confrontación*–. Lo inerte frente a lo vivo, espíritu y materia, imaginación y mundo físico, son binomios que, en las fotografías de Ciuco, producen literalmente confrontaciones mágicas.



Esta objetivación de las mujeres, no solo atañe a su propio cuerpo -que acaba desguazándose en elementos materiales tocables- sino también a sus sentimientos. Es un proceso de cosificación, una subversión de las relaciones entre sujeto-objeto, que es típica del fetichismo, que se caracteriza precisamente por eso, por una inversión de las relaciones naturales entre persona y objeto, en la que los objetos se personifican y las personas se cosifican (y la mujer es cosificada rutinariamente).

Si bien la sociedad se ha transformado paulatinamente, y las técnicas industriales han hecho considerables progresos, nuestra civilización mental sigue siendo exactamente

la misma. Vivimos prácticamente de los mismos hábitos e idénticos tabúes morales, sexuales, religiosos, familiares, higiénicos, etc.

Seguramente no hay nada más fetichista que el pelo. El pelo, es el símbolo más poderoso de la identidad individual; primero porque es algo físico y, en segundo lugar porque, además de personal, tiene también un carácter público.

De todas las partes del cuerpo, el pelo es quizás el elemento más importante que conforma el proceso de formación de la identidad. La cabeza es claramente la parte del cuerpo que más fácilmente se detecta de toda la anatomía de una

determinada persona. Como la cabeza está al menos cubierta en su cincuenta por cien con pelo, podemos decir que, aproximadamente la mitad de lo que la gente ve primero en el proceso ordinario de reconocer a los otros, es el pelo. Siguiendo a Roland Barthes, el pelo tiene la función de una "pequeña bandera colocada en nuestra nuca y es el más visible de los signos".

Tradicionalmente la sociedad patriarcal trataba de restringir el poder femenino, imponiendo a las mujeres un determinado tipo de peinado y restringiendo su visibilidad en público; regulando y controlando así su sexualidad. Era muy común, durante la boda, que el pelo fuera sacrificado como parte de la ceremonia de casamiento, lo que significaba subordinación y demostraba, a la vez, la lealtad política y doméstica.

Ciuco sabe que el pelo se convierte quizás en lo más significativo en la formación de la imagen personal y que, siguiendo a Freud, es un claro símbolo de la feminidad. El pelo femenino adquiere en sus fotografías dos niveles diferenciados: uno físico, que le otorga la cualidad de un objeto, convirtiéndolo en una experiencia casi táctil, y otro psicológico, que trata de capturar y contar las diversas vivencias emocionales, lo psíquico e intangible.

LA MUJER SUJETO

El proceso por el que ha pasado la obra y también la mente de Ciuco es evidente: desde la idea de sustituir la realidad objetiva por la presentación de la propia realidad objetual, es decir la del mundo de los objetos, hasta convertir a la mujer en estatua, en objeto de objetos. Pero el fotógrafo no se conforma con una denuncia de la mujer como "objeto sexual"; y las implicaciones que ello tiene en la imposibilidad de ser considerarla sujeto, en términos de igualdad o alteridad (otredad). En su última serie, quiere captar a las mujeres libres, en su núcleo más vivencial, en su subjetividad más profunda. Y así, otra vez, consigue cerrar el ciclo, nos devuelve al sujeto (mujer), a un sujeto que produce realidad.



Siguiendo sus propias palabras, lo que quiere es implicarse plenamente como sujeto mismo en la experiencia, en lo experimentado en el proceso fotográfico. Este deseo le empuja a llevar a cabo una serie de fotografías en las que establece un contacto efectivo con sus interlocutoras. Como un sonámbulo, como si la ficción y la vida se mezclasen, quiere llegar a una "experiencia" susceptible de ser compartida.

Para ello convierte el estudio en un laboratorio vivo, un lugar de investigación, donde una serie de mujeres, no siempre arquetípicas, un determinado grupo elegido, cuya representatividad no es universal, interpreta los diferentes roles, las diferentes tareas en las que el cuerpo femenino se expone en términos de feminidad.

Se diría que los diferentes estados de ánimo de las modelos, apenas les permiten verbalizar sus sensaciones; aunque, como los gestos pueden ser tan elocuentes como las palabras, no pueden evitar enunciarlas sobre sus propios cuerpos. A veces se trata de simbolizar la impotencia en sí y apropiarse de una «cierta historia del dolor», vivida por sus "hermanas". Ciuco las convierte en seres inauditos y nuevos, que ya no traducen tampoco angustias conocidas y antiguas, sino que parecen suscribir un programa de emancipación individual.



Su trabajo relata los distintos estados de ese proceso: el inicio de la travesía por un infierno sentimental, la aceptación resignada de la soledad, la desidia emocional, pero también la fortaleza y la valentía de un sujeto que es ya de pleno derecho, cuyo cuerpo circula libre por el espacio, alejado de ambigüedades o clichés.



Tras sus meditadas puestas en escena, tras la aparente normalidad de situaciones convencionales, en sus modelos emergen a veces los signos de la crispación callada, de la deriva emocional, de la inestabilidad o el malestar, a lo mejor producto de posibles relaciones insatisfechas.

Centrándose en el proceso, sin ensayos, sin intención previa, el papel de la modelo acaba siendo el mismo que asume en el exterior. Es una experiencia de inmersión, que proviene de un teatro no planificado, que carece de guión y, por lo tanto, es totalmente imprevisible en sus resultados.

Las protagonistas toman su fuerza del poder expresivo de la acción corporal, en una hipnotizante "danza" visual, donde cada gesto está cargado de significado, como si fuera un nuevo alfabeto corpóreo. Se trata realmente de una investigación sobre el estar-en-el-mundo, una belleza primitiva donde se comunican historias, sentimientos e ideas. Un lenguaje poético que, comparado con el material duradero de los objetos, es como polvo de nieve en una bola de cristal.





EL HOMBRE AL QUE LE PERSEGUÍAN LAS NUBES Y LOS SUEÑOS

Guillermo Gutiérrez

Todo comenzó en una ciudad pequeña con un gran mercado de ganado vacuno. A Ciuco le encantaba cuando su padre le llevaba allí. Podía pasarse horas mirando a las vacas rumiando mientras se preguntaba en que estarían pensando, pues ya había alcanzado tal certeza observando el movimiento de sus cabezas y la mirada perdida, ensimismada.

En esa época pensaba que en Torrelavega llovía continuamente y cuando no lo hacía, el cielo parecía una fábrica de nubes. Ciuco pasó tardes enteras mirando como las nubes jugaban a poner formas mientras los chicos las señalaban con el dedo.

Una tía abuela regaló a su madre un pez de Murano que colocó en la mesa del salón. Pese a que Ciuco y sus hermanos acostumbraban a romperlo todo mientras se perseguían por la casa, algo cambió con ese pez. Cada vez que pasaban corriendo junto al pez cesaba la persecución y lo miraban embelesados. Se inició en una fascinación por los objetos que le duraría toda la vida. Años más tarde Ciuco descubrió que su madre odiaba la figura y que siempre la ponía en el borde de la mesa con la esperanza de que un día jugando la rompieran, cosa que nunca llegó a pasar.

Su adolescencia fue rápida y estuvo marcada por una gran ausencia, Ciuco heredó la cámara de fotos de su padre y pronto su objetivo pasó a capturar todo lo que observaba. Torrelavega se volvió pequeña y se fue a Madrid a estudiar periodismo.

Durante un tiempo trabajó de reportero y empezó a ganarse la vida con la fotografía, pero aún tenía algo dentro que luchaba por salir. En la primavera del 83 tuvo un sueño definitivo. En él aparecían una foto detrás de otra de manera insistente, eran claras y rotunda. Se despertó sobresaltado y con un grado de ansiedad notable. Cogió lápiz y papel y las dibujó para que no se le olvidaran. Al día siguiente las hizo realidad. Fueron las primeras imágenes que sintió que realmente le pertenecían.

“paso por una catarsis que le hizo darse cuenta de una vez que cuando fotografiaba había algo más que las fotos”

Pocos años después, encerrado en su estudio, una esquina fue el escenario de doce asesinatos y un suicidio. Ciuco pasó por una catarsis que le hizo darse cuenta de una vez que cuando fotografiaba había algo más que las fotos.





Comenzó a buscarse a si mismo, con objetos construyó imágenes y depositó en ellas sus miedos y deseos mas íntimos. A través de bodegones canalizó su energía hasta que se vació.

Es, entonces, cuando llegaron los recuerdos. Sintió la necesidad de recorrer los lugares de su infancia intentando atrapar nostalgias perdidas en el tiempo. Exploró los rincones de su memoria buscando un lugar donde vivir y estar. Hasta que le pareció encontrarlo.

Siguió trabajando y no paró de hacer fotos. Por aquel entonces Ciuco llevaba años interesado por los objetos. Especialmente le gustaban los muñecos para adultos. Figuras de oficinistas y parejas de novios que intentaban representar con esmero una pantomima de la realidad.

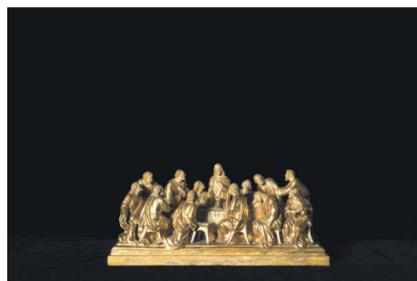
“A través de bodegones canalizó su energía hasta que se vació.”

Ante su mirada su estudio se convirtió en el escenario donde todo tipo de objetos y cachivaches bailaban con los colores para acabar convertidos en otra pantomima, que Ciuco imaginaba y soñaba.

Hasta que acabó cansándose de jugar y acabó por dedicarse a catalogar toda su colección de obsesiones. Flora y fauna de plástico desfilaron ante su cámara y cuando por fin metió el último soldadito y precintó la caja pudo sentir como una etapa había terminado.

Descubrió la docencia e impartió talleres por medio mundo. En uno de estos viajes, en Alejandría, cerca de una mezquita Ciuco se encontró con unos antiguos tiovivos bien cuidados, algunos recién pintados. Una flamante recompensa para los niños que se hubieran portado bien en las clases coránicas. Al aislarlos de su entorno Ciuco sintió como volvía de nuevo a la infancia. Aquella experiencia le atrajo y se preguntó sobre que otras cosas por descubrir podían quedar ahí fuera.

Desde siempre Ciuco había mirado hacia su interior, pero un día, en un viaje que había hecho a Egipto con su familia, ocurrió algo que le hizo confirmar su cambio. Estaban en el valle de los reyes visitando una tumba de la nobleza. Las tumbas carecían de luz eléctrica por lo que el guía, un viejo egipcio desdentado, sujetaba una plancha de metal con la que iba reflejando la luz del sol para alumbrar la estancia.



Mientras los demás miraban los jeroglíficos Ciuco se dio la vuelta para observar al hombre, de repente le dio la impresión de que aquel hombre alzaba con las dos manos un espejo en el que intentaba capturar algo. Quizás las nubes de Torre Lavega. A partir de ese momento Ciuco se convirtió en un coleccionista de nubes.

Viajó por el mundo, recorrió distintas ciudades y siempre le persiguieron las nubes incansables en el juego de las formas. El mundo había cambiado y sólo le hizo falta incluir una lámpara para convertir lo hostil en acogedor. Pasó de buscarse así mismo en el paisaje a convertir el paisaje en algo suyo. Cambió su estudio por el mundo y decidió amueblarlo a su gusto.

“esta exposición es un homenaje a todas esas mujeres resilientes, que sufren y crean cada vez con mas fuerza.”

Aprendió mucho enseñando a otros fotógrafos*, cientos de alumnos con mil miradas distintas pasaron ante él, a través de sus trabajos Ciuco observó otros tantos mundos distintos e hizo lo que pudo por ayudar a todo el que quiso comprometerse con su búsqueda personal, con su pasión.

Con el paso del tiempo Ciuco fue observando de que muchas de sus alumnas compartían las mismas angustias y conflictos. Fue dándose cuenta de todas las agresiones que la mujer padece a diario y le pareció fascinante como estas desarrollaban un poderoso arsenal emocional para contestar al mundo y volver a dibujar los contornos que la vida les está borrando.

Empatizando con toda su energía femenina, esta exposición es un homenaje a todas esas mujeres resilientes, que sufren y crean cada vez con mas fuerza.

* Lleva 18 años impartiendo clase en el Master Internacional de Fotografía de EFTI que dirige desde hace 12 años



Ciuco Gutiérrez. *Torrelavega (Cantabria). 1956*

En 1983 realizó las primeras imágenes que tenían un marcado acento personal. Irrumpió en el ámbito fotográfico con un lenguaje atípico en el que el color agresivo y la ironía formaban parte de su lenguaje expresivo. Tres años más tarde hizo su primera exposición individual en la Galería Moriarty de Madrid y desde entonces ha realizado más de un centenar de exposiciones individuales tanto a nivel nacional como internacional. Ha sido uno de los primeros fotógrafos, junto a Ouka Leele, Alberto García Alix, Javier Vallhonrat y Joan Fontcuberta que abrió las puertas de las galerías de arte generalistas a la fotografía y expusieron su obra en la Feria Internacional de Arte ARCO.

Desde entonces su trabajo ha girado en torno a la escenificación de espacios y lugares en los que, partiendo de una mirada íntima y personal en la que la imaginación ha sido parte fundamental del discurso, a través de los objetos, la paradoja y el color ha transformado recreando un universo onírico propio.

Sus imágenes están representadas en colecciones privadas y públicas de las que son destacables el Museo Nacional de Arte Reina Sofía de Madrid, el IVAM de Valencia, Colección Telefónica, Colección Norte de Arte Contemporáneo del Gobierno de Cantabria, Comunidad de Madrid, Fundación La Caixa de Barcelona, Excmo. Ayuntamiento de Alcobendas, Excmo. Ayuntamiento de Alorcón, Caja Cantabria, Fundación Coca Cola, Diputación de Cádiz, UNICAJA, etc.

Ha realizado comisariados de exposiciones para diferentes instituciones, destacando el Ministerio de Cultura de España y el AECID, siendo estas últimas exposiciones itinerantes por diferentes países de Latinoamérica.

Ha impartido múltiples conferencias y seminarios en diferentes instituciones privadas y universidades, como la Universidad Complutense de Madrid, Universidad de Santiago de Chile, Universidad de Lyon, Universidad de San José de Costa Rica y Universidad de Cádiz, Centro Cultural de España en Montevideo, Centro de la Imagen de México, Centro Cultural de España de Guatemala y San Salvador, entre otras.

Actualmente dirige el Máster Internacional de Fotografía Contemporánea y Proyectos Personales de EFTI (Madrid)





28 de abril - 21 junio 2015
TABACALERA PROMOCIÓN DEL ARTE
SALA LA FRAGUA. C/ Embajadores 51. Madrid

HORARIO: De martes a viernes de 12:00h a 20:00h. Sábados, domingos y festivos de 11:00h a 20:00h. Lunes cerrado



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

PROMOCIÓN DEL ARTE